



Demasiado viejo para el rock and roll (demasiado joven para morir)



Ediciones
Irreverentes

Edición de Tomás Pérez Sánchez

Antología

DEMASIADO VIEJO PARA EL ROCK AND ROLL (DEMASIADO JOVEN PARA MORIR)

Edición de Tomás Pérez Sánchez

Colección Cercanías
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la edición © Ediciones Irreverentes S.L.

De sus respectivas obras © Miguel Ángel de Rus, Julio Fernández Peláez, Carlos García Miranda, César Strawberry, Violeta Sáez, Carlos Ortiz de Zárate, Carolina Sánchez Molero, José G. Cordoníe, Eva María Cabellos, Joseba Iturrate, Paloma Hidalgo, Leopoldo F. Espínola, Cristina Ruberte-París, Joaquín Lera, Tomás Pérez Sánchez, Andrés Fornells, Julián Hernández

Septiembre de 2011

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959-95-8

ISBN eBook: 978-84-15353-22-5

Depósito legal: SE-6377-2011

Fotografía de cubierta (Bella Bestia) © Paco Manzano

Diseño de la colección: Dos Dimensiones

Diseño de cubiertas y composición: Absurda Fábula

Imprime: Publidisa

Impreso en España

RECUERDOS DEL PELO LARGO

de
Miguel Ángel de Rus

No todo el mundo puede tener un despacho en madera de secuoya, con sillas tapizadas en otomán, sillones del mejor cuero, dos inmensos colmillos de elefante y presidiendo el espacio un cuadro de Antonio López en el que se ve todo Madrid pintado desde las alturas de Vallecas. En realidad, prácticamente nadie. Y de ellos, pocos tendrán —quizá alguna Casa Real— dos botellas de güisqui de The Macallan, de las que hay sólo 38 piezas en el mundo; el precio da igual, el valor es incalculable. No obstante, a pesar de tenerlo todo, las ideas bullen en la cabeza, se arremolinan y te ciegan y ningún lujo puede evitar que medites sobre cuanto ha sucedido en tu vida. Eres tan poderoso que puedes corromper a jueces, ministros, a ciudades enteras llenas de personas que creen que piensan libres, pero no puedes evitar que el más mínimo incidente de tu vida se presente ante ti y te obligue a ajustar cuentas contigo mismo. Dicen que según pasan los años la memoria a corto plazo disminuye pero la memoria a largo plazo se fortalece, recordando en un momento cualquiera algo que habías olvidado por completo. Algo así debió sucederme cuando, la semana pasada, el primer día del verano, desocupado, decidí buscar en Internet una canción de Serge Gainsbourg: *Je suis venu te dire que je m'en vais*. Aunque tenga toda su obra en disco, finalmente tengo que buscar esta canción grabada en un concierto, en la que se contempla a un Gainsbourg destrozado física y anímicamente, ojeroso, las rayas de la frente fuertemente marcadas, cansado, muy cansado, cerca ya del fin. Como el oficiante y víctima al mismo tiempo de una hecatombe.

Le miré y escuché diría que casi con devoción, si no fuera por el significado religioso del término. Sus palabras, dirigidas a una mujer, parecían escritas como para ser dichas por mí a la vida. *Je suis venu te dire que je m'en vais. Et tes larmes n'y pourront rien changer. Comm' dit si bien Verlaine au vent mauvais, je suis venu te dire que je m'en vais. Tu t'souviens de jours anciens et tu pleuras'*... sí, podría haberlas escrito yo de tener genio creativo, pero no lo tengo, nací predestinado genéticamente para ganar dinero, para construir cosas reales, no la arquitectura de una idea. No sé hacer nada más. Poseo casi innumerables objetos y al mismo tiempo tengo un hueco en el interior. Y no es un hueco que permanezca uniforme, sino que crece y me muerde las entrañas.

También, rememorando las vivencias pasadas, herido, recuerdo la huida del tiempo. Casi sesenta años, sí; triunfador, sí; rico, poderoso, odiado tal vez, pero evocando el pasado y los días lejanos, lloro.

Si los canallas de ahí fuera escucharan al hombre opulento reconocer sus sentimientos, que llora, se reirían; pero por eso comencé a explotar a la canalla, porque no merecen la vida que tienen, no son dignos de nada mejor.

No sé qué mal viento me movió, qué borrasca cruzó mi mente, pero nunca debí hacerlo. Podría haber llamado a una prostituta joven para que me entretuviera aquella noche, o podría haberme quedado mirando desde los ventanales las azoteas de los edificios más altos, dominados por mi vivienda en el último piso del rascacielos más alto de la ciudad, pero no lo hice. Busqué en mi casa flamante de nuevo soltero, entre las viejas y olvidadas fotografías, guardadas en cajones que me costó encontrar.

Allí estaba, unos treinta años antes. Melena hasta los hombros, patillas largas, una foto sin duda hecha por alguna novia del momento,

1- *He venido a decirte que te dejo y no podrás cambiar nada con tus lágrimas. Como admirablemente expresó Verlaine, al mal viento he venido a decirte que me voy. Recuerdas los días pasados y lloras...* (Mención a *Chanson d'automne*, de Paul Verlaine).

en el transcurso de un concierto de Leño y Asfalto, bailando, saltando, gritando. De repente una canción olvidada vino a mi mente: *coleccionas amigos porque algo hay que coleccionar, tu principal objetivo, es figurar, me cuentas cosas que ni tú misma te puedes creer, y vives con ayuda económica de tu papá.*²

Pasaba las páginas desde atrás hacia adelante, contemplaba una foto de treinta y cinco años antes, la misma melena, pero el pelo rizado, barba, un pantalón ajustado, negro, de algodón, un cinturón de remaches, botas camperas negras de hombre duro y una burlona camiseta con la cara de Hitler y la frase “Hitler European Tour”, con los conciertos de París y Londres cancelados... Estaba en un concierto en el que habían participado Barón Rojo y Obús. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Qué bello, qué altivo, qué fuerte, vivo, lleno de energía y dispuesto a cambiar el mundo... era yo. Era un Dios, no como esos dioses estúpidos que enseñan en el colegio, falsos, inexistentes, crueles, hechos para engañar a los idiotas... no, era un dios griego, un dios romano, puesto en el Madrid del S.XX. *Criminales disfrazados, seres sin razón, ni piedad, no hay palabras en el mundo que describan vuestra maldad. Por poder asesináis, por dinero aniquiláis, por poder nos destruíis, sucientemente mentís. Aunque siempre vigiléis y mis datos proceséis, no es tan fácil hacerme callar. Resistiré, resistiré hasta el fin.*³ Jodida basura de vida, no me acordaba de a quienes había visto en las reuniones del día anterior, pero recordé de pronto aquella canción que no había vuelto a escuchar hacía treinta años.

Mis fotos de los diecisiete años, en Tarifa, la melena al viento, recibiendo el viento en el pecho mientras miraba hacia África. Guardé las fotografías. Sentí una fuerte presión en las sienes. Me dirigí al salón y busqué los viejos discos de vinilo. Allí estaban: Asfalto, Topo, Barón Rojo, Obús, Leño, Jethro Tull, Genesis, Pink Floyd, Trust, Def Con Dos, Meat Loaf, Slade, Serge Gainsbourg, Francis Cabrel, Ñu, Santa,

2- Canción *Mujer de plástico*, de Asfalto.

3- Canción *Resistiré*, de Barón Rojo.

Scorpions, Michael Schenker... Busqué un disco, lo saqué con cuidado de su funda y lo coloqué en el equipo de música. Algo en mi alma me exigió una copa redonda y grande, bien calentada, de Armagnac. Tras prepararla puse el disco y me senté en mi sillón del mejor cuero. Comenzó a sonar la música, una voz sarcástica cantó *The old Rocker wore his hair too long, wore his trouser cuffs too tight. Unfashionable to the end drank his ale too light. Death's head belt buckle yesterday's dreams, the transport cafe prophet of doom. Ringing no change in his double-sewn seams in his post-war-babe gloom. Now he's too old to Rock'n'Roll but he's too young to die die.*⁴

Las lágrimas empezaron a brotar y a caer por mis mejillas. Yo era ese muchacho de patillas largas, de sueños, de carreteras que nunca se acababan, el que conquistaba el primero a las camareras, el que se quedaba sordo en la primera fila de los conciertos con la música a volumen brutal, el que podía decidir a qué chica despreciaba esa noche. El que no sabía que la vida no era eterna.

*All of his mates are doing time: married with three kids up by the ring road, sold their souls straight down the line.*⁵

El llanto es ya desconsuelo, lástima, mal signo de lo que puede venir. Hay momentos en los que ya no se puede cambiar de sentido en la marcha. Era uno de ellos. Era, quizá, El Momento. No quedan dioses a los que rezar, ni personas a las que pedir consejo, ni grandes ideas a las que asirse para dar sentido a la vida, ni el futuro se espera especialmente exaltante; estamos solos con la nada de nuestras vidas. Me serví más armagnac y comencé a beber sin control.

Cambié el disco; comenzó a cantar Trust, en medio de aquella extraña lucidez, *Tu bosses toute ta vie pour payer ta pierre tombale. Tu mas-*

4- El viejo rockero lleva el pelo demasiado largo y pantalones demasiado apretados. Fuera siempre de modas, hasta el final, bebe su cerveza suave. Cinturón de hebilla con una calavera, sueños de ayer. Los bares de los camioneros son los profetas de la fatalidad. Señal de ningún dinero en sus pantalones, en su tristeza de chico de posguerra. Ahora es demasiado viejo para el Rock'n'Roll, pero es demasiado joven para morir.
5- Sus colegas están envejeciendo: casados y con tres hijos, por la carretera de circunvalación, vendieron sus almas casi por nada.

*ques ton visage en lisant ton Journal. Tu marches tel un robot dans les couloirs du métro.*⁶

Las lágrimas se convierten en sollozos, el pasado se presenta de improviso ante mis ojos aún lúcidos, siento golpear el pecho. *Antisocial, tu perds ton sang froid. Repense à toutes ces années de service. Antisocial, bientôt les années de sévices. Enfin le temps perdu qu'on ne rattrape plus.*⁷ Y a partir de cierto momento no recuerdo nada, sólo sé que la música siguió sonando, que si los primeros discos estaban guardados con cuidado, a partir de cierto momento quedaron por el suelo, como la botella de Armagnac vacía, como yo mismo, despertado a media mañana por el sonido de mi teléfono y el de mi teléfono móvil, con llamadas de mis secretarías que me buscaban para recordarme que en unos minutos llegaría a mi despacho el presidente del primer banco del país.

Casi no podía hablar, me dolían los ojos, la frente, las sienas, la nuca. No hay que mezclar alcohol con pastillas. Los ansiolíticos mezclados con alcohol son un veneno. Le dije como pude a la jefe de mis secretarías que le explicaran a aquel tipo que estaba padeciendo la mayor resaca de mi vida. Me replicó algo, como si tuviera derecho. Corté la comunicación de todos mis teléfonos.

Me puse frente al ventanal y miré las azoteas de la ciudad, los lejanos edificios vulgares de los barrios obreros, la contaminación sobre la masa de cemento, acero, asfalto y hormigón, un helicóptero de la policía que daba vueltas sobre el centro de la ciudad, los coches, y lloré. Por más de dos horas, lloré.

Y necesité más productos químicos que nunca para dormir; para no permanecer despierto desde el mediodía hasta la mañana siguiente.

Cuando llegué a mi despacho en los rostros de todo el mundo pude leer que estaban sorprendidos por mi aspecto derrotado, pero tenían miedo a comentarlo.

6- Peleas toda tu vida para pagar la tierra de tu sepultura. Tu cara es una máscara mientras lees el periódico. Andas como un robot entre los colores del metro.

7- Antisocial, pierdes tu sangre fría. Recuerdas tus años de servicios, enseguida te vienen a la mente los años de malos tratos. En fin, el tiempo perdido que no regresará.

Perros bien adiestrados.

No pude aguantar las conversaciones telefónicas con personas que en nada me interesaban. Hice que mi secretaria me trajera el libro de las prostitutas más caras y selectas. Escogí una muchacha que casi podía ser mi nieta, presentadora de un programa de televisión en su tiempo libre. No era la primera vez que la hacía acudir a mi despacho. Era tan cara como extraordinaria zorra. Di órdenes para que llevaran a mi despacho una buena comida desde el mejor restaurante de Madrid, aunque no soporto el servilismo con que me tratan. Una tarrina de algo de ciervo, marisco variado, dos botellas de champagne de la Viuda Cliquot, vino tinto de Ribera del Duero, carne de jabalí, una selección de los postres de la casa.

Y mientras obedecían mis órdenes sentí un ataque de ansiedad. No era la primera vez; conocía los síntomas. Me dolía el pecho, el brazo izquierdo, no podía respirar, sentía que me ahogaba, que mi alma —en caso de tenerla— abandonaba mi cuerpo, o quizá tan sólo fueran los síntomas del exceso de oxigenación. Sin fuerzas, caí al suelo, sabía que no iba a morir, pero tenía miedo. Hasta que comencé a llorar, entonces mi organismo se descongestionó y el cerebro volvió a funcionar. En el gran monitor del fondo del despacho una voz neutra seguía informando de las cotizaciones de las acciones en Bolsa. Antes de mi ataque de ansiedad, durante y después. Acabé por saber que aquel día habíamos subido un 0,9 por ciento en la Bolsa de Madrid.

Apoyé la frente sobre el cristal y miré la ciudad. Una mancha gris, hormigas de un lado a otro, todo lejano.

Llegó la comida antes que la puta. Colocaron una mesa digna de un jefe de Estado, de un Papa, de un gran narcotraficante, adornada como si fuera la última cena. Ordené que se retiraran los camareros. Metí la mano en el hielo de una de las cubiteras —dos para champagne, dos para las botellas de agua— y me sentí algo reconfortado.

Por el interfono sonó la voz de mi secretaria, anunciándome la llegada de la puta.

—Dígale que espere en su despacho hasta que la llame y prepare el cheque.

Decidí que no la haría pasar. Me senté, unté el paté en pan y apenas di un bocado. Destapé el marisco y su sola presencia me dio asco. Bebí dos copas de champagne. Comencé el filete, corté, mastiqué, paladeé, y tras dos bocados no pude seguir. No podía quitarme de la memoria un concierto en el campo del Rayo Vallecana, con Asfalto, Topo, Bloque, algunos grupos más, era el mes de julio, yo estaba vivo. Tenía la vista perdida en la lejanía, pero lo veía perfectamente. Recordé de pronto el concierto de Meat Loaf en el campo del Moscardó, cuando se separó del micrófono y comenzó a cantar a capela, y yo, que estaba a casi cien metros, le escuché perfectamente. Y descubrí que acababa de terminar la segunda botella de champagne cuando acabé de escuchar en mi mente *Smoke on the water* de Rainbow.

Lo siguiente que sucedió fue que me dormí.

No volvería a tener dieciocho años, ni veinte, ni treinta, ni mis gloriosos treinta y cinco. Sólo me quedaba la cuesta abajo, esperar que no fuera demasiado cruel, convertirme en un viejito al que todo el mundo adoraría por su dinero y su poder. Nunca más sería el muchacho despreocupado y feliz de los conciertos de rock, el loco de la calle, el más veloz al volante, el que besaba antes a las camareras.

Me trajeron a casa y me depositaron en la cama, vestido con mi traje de gran hombre, habiéndome quitado sólo los zapatos. Y al volver a estar solo, en ese momento, fue cuando lo tuve claro. No hay que buscar razones fuera, las razones están dentro de ti.

He puesto el agua caliente en la bañera, la canción de Gainsbourg como despedida. He abierto una botella de agua y me he tomado, poco a poco, todos los sedantes, los ansiolíticos, las pastillas para dormir. He

necesitado una segunda botella de agua para acabar con tanta química. He escrito, a modo de testamento, en una hoja del mejor papel verjurado, con una pluma estilográfica: «Dejadme en paz, no os soporto, no me soporto. No merecéis la pena, yo tampoco. Hasta aquí he llegado. Culpad a quien os plazca.» Y he firmado. La he enviado por fax a los abogados de la empresa, al despacho de mi abogado particular, al despacho de mi notario. Suena aún el último envío. Nadie la verá hasta el día siguiente. Así debe ser.

Noto ya el efecto de las pastillas. Siento un sopor fuerte. Cierro los grifos. Cojo un cuchillo en la cocina. Me introduzco en el agua con mi ropa de gran hombre. Pongo el cuchillo sobre las venas de mi muñeca derecha, no en diagonal, como hacen los idiotas de eso que llaman séptimo arte por llamarle algo, sino siguiendo el trazado de la vena. El cuchillo corta la vena. El agua se tiñe rápidamente de rojo. El corte longitudinal asegura una muerte rápida. Siento que se va eso que llaman alma, o que la sangre —o el oxígeno— no llega al cerebro. Me estoy yendo, casi no puedo abrir los ojos y no tengo fuerza para esbozar más que una sonrisa leve. Casi no siento nada y me da igual. Ya no...

PINK FLOYD
de
Julio Fernández Peláez

El rock es eso, un aleteo de mariposa capaz de mover el mundo.

Y apareció en medio del aula el cerdo volador de Pink Floyd, no te lo vas a creer, y sacó del aula a la maestra a la fuerza, así, tal y como imaginas, con la lengua limpiando el estiércol que dejaban los zapatos en la madera del suelo.

Ni el cura ni el alcalde ni el secretario pudieron impedirlo.

Eso fue, ¿no lo recuerdas?, cuando acudíamos temprano con las estufas de carbón y los pies helados para aprender aritmética del lenguaje.

Por fortuna, la maestra no apareció nunca más, no hace tanto que la encontré de nuevo, carcomida por el terror de ser acusada cuarenta años después de infanticidio fácil.

El rock era eso, palabras que no entendíamos pero que nos movían a derribar libros cerrados a cal y canto.

Me dolieron las uñas de las varas largas de los curas que llegaron a sustituir a la maestra durante decenas de años, después de abandonar la tierra, los campos de ortigas, las espigas de centeno fermentado.

Gracias a Pink Floyd, sin embargo, tú y yo nos enamoramos, y juramos no tener hijos nunca, para no tener que contarles el hambre que pasáramos, la soberbia que sufrimos, el espanto de las farias para los domingos y el carrusel y la comunión de los hijos de los primos y las bodas de los sobrinos y la muerte de nuestros padres.

Al despertar, una cuerda grita.

Fue como un milagro psicodélico.

Era un cassette copiado, aún no estaba prohibido copiar los obje-

tos, y se vendían legalmente en los rastros, qué maravilla, me dijiste, existen sonidos así, no lo sabía, es posible, es posible romper el cielo para que llueva silencio.

El rock fue eso, un leve pestañeo capaz de pisar sobre el barro durante años y años, indemne al paso de las mentiras y de las voraces premoniciones de escritura recta y declamatoria de auténticas verdades, como que el universo es curvo, o que las letras de las canciones son animales, o que jamás llegaremos a sentir la vida sino es con las venas sinceradas y vertiendo rock en copas de acero inoxidable cuando el sol desaparece y no hay más futuro que las salchichas disparando bombas sobre carros de combate.

Mi corazón, llegará el día, lo donaré a la música, para que lo partan contra el suelo al acabar.

ENCUENTRO CON BOB DYLAN

de

Carlos García Miranda

Bob estaba al otro lado del bar tocando su pandereta. De lejos se veían las luces sobre su frondosa cabellera judía. Estaba deseoso de llegar hasta él y decirle que tenía toda su discografía. Pero esas muchachas pintadas de azul impedían cualquier aproximación. Desistí de intentar llegar hasta él. Fui al fondo del bar y pedí una cerveza. Bebí rápido. Alguien se sentó a mi lado.

—¿Tienes cigarrillos?, balbució.

—No, amigo, yo sólo fumo cuando me invitan, —dije.

El tipo sonrió y se largó. Al rato apareció otro. Dijo que era poeta y que además era mi amigo.

—¡No tengo amigos poetas, sólo tengo amigos!, grité.

El tipo, un negro flaco y desgarrado, me miró con sus enormes ojos de sapo, balbuceó algo, creo que un verso, y también se largó. En verdad yo estaba con bronca. Me reventaba no estar al lado de Bob. Me sabía todas sus canciones. No era justo, yo debería estar ahí y no esas ladillas azules. Seguí bebiendo mientras todo se tornaba agitado y violento. ¡Mierdas, ustedes no saben nada de Bob!, volví a gritar desde mi rincón. ¡Malditas putas, lárguense y déjenme solo con Bob!, insistí. Pero nadie me hizo caso. No importa, balbuceé, ya nos encontraremos, viejo tamborilero, y esta vez no habrá ni luces naranjas ni muchachas azules entre nosotros. Así seguí en esa noche soleada, hasta que Bob apareció delante de mí.

—¡Ey, tú, muchacho! —gritó. ¡Soy Bob!

—¿Bob? ¡Diablos! Yo te conozco —dije—, tengo toda tu discografía, un amigo me inició en tu música.